

PENÍNSULA



Kris Ubach  
Nápoles, el fuego  
del Mediterráneo

Nápoles, el fuego  
del Mediterráneo  
Kris Ubach

© Kris Ubach, 2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: junio de 2025

© del mapa: Àlvar Salom, 2025

© de las fotografías: Kris Ubach, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespensula@planeta.es](mailto:edicionespensula@planeta.es)  
[www.edicionespensula.com](http://www.edicionespensula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio  
Depósito legal: B. 7.417-2025  
ISBN: 978-84-1100-385-8

*Printed in Spain* - Impreso en España



## ÍNDICE

|                                                                                      |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo                                                                              | 15  |
| 1. Las puertas del infierno (Campos Flégreos)                                        | 21  |
| 2. Vivir sobre una olla a presión (Campos Flégreos)                                  | 31  |
| 3. Toda una ciudad bajo el mar (Campos Flégreos)                                     | 44  |
| 4. <i>Mens sana in corpore sano</i> (Campos Flégreos)                                | 54  |
| 5. Viajeros del Grand Tour (Nápoles, Quartiere Posillipo)                            | 64  |
| 6. Aquí se inventó la pizza (Nápoles, Quartieri Chiaia y Capodimonte)                | 73  |
| 7. En las sombras de Caravaggio y en las luces de Gentileschi (Nápoles, Capodimonte) | 85  |
| 8. Los ángeles de Rione Sanità (Nápoles, Rione Sanità)                               | 95  |
| 9. Esculturas sin ningún pudor (Nápoles, Rione Sanità)                               | 105 |
| 10. Los penitentes blancos (Sorrento)                                                | 118 |
| 11. Oda a un limonero (Costa Amalfitana)                                             | 128 |
| 12. La Virgen de las Gallinas (Pagani)                                               | 138 |
| 13. El último refugio de Visconti (Isquia)                                           | 147 |
| 14. La mano de D10S (Nápoles, centro histórico y Quartieri Spagnoli)                 | 158 |

|                                                                              |     |
|------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 15. Huesos, cráneos y números de lotería (Nápoles, centro histórico)         | 170 |
| 16. Callos con sal y limón (Nápoles, centro histórico y Rione Sanità)        | 179 |
| 17. Los mapas del mar (Nápoles, Quartiere Chiaia)                            | 187 |
| 18. Verano de 1943 (Nápoles, Quartiere Chiaia)                               | 196 |
| 19. Infiernos ferroviarios (Nápoles)                                         | 207 |
| 20. (No tanto) glamur (Capri)                                                | 216 |
| 21. <i>Parmigiana</i> de berenjenas (Costa Amalfitana)                       | 229 |
| 22. El «milagro» de San Gennaro (Nápoles, centro histórico)                  | 241 |
| 23. Cinéfilos (Procida)                                                      | 251 |
| 24. Vino, sexo y <i>rock 'n' roll</i> (Pompeya)                              | 264 |
| 25. Murieron con las joyas puestas (Herculano)                               | 280 |
| 26. Madres (Nápoles, centro histórico)                                       | 295 |
| 27. Ascensión al Vesubio (y sus vinos frescos) (Parque Nacional del Vesubio) | 307 |
| Epílogo. Las recetas de Nápoles                                              | 315 |
| Agradecimientos                                                              | 325 |
| Bibliografía                                                                 | 329 |

## LAS PUERTAS DEL INFIERNO

No cedas; planta cara a los riesgos; avanza con más ímpetu por donde te permite la fortuna. El primer camino de salvarte se te va a abrir allí donde menos lo piensas, en una ciudad griega.

PUBLIO VIRGILIO, *Eneida* (19 a. C.)

Febrero.

Cerca de Nápoles hay un lago que se llama Averno, y justo en una de sus orillas alguien abrió el restaurante Caronte, bautizado en honor a aquel genio de la mitología griega que con su barca conducía las almas al reino infernal de Hades.

Siempre me ha resultado muy difícil escoger un lugar concreto donde arrancar con una historia. Pero esta vez, cuando desplegué el mapa del golfo de Nápoles y descubrí esta topografía diabólica en los Campos Flégreos, supe de inmediato dónde iniciar el viaje: iría, para empezar, al lago Averno.

Cuando los primeros navegantes griegos llegaron al golfo de Nápoles, quedaron absortos ante todos esos cráteres y fumarolas sulfurosas que tanto se asemejaban a lo que en su cabeza tuvo que ser la mítica batalla entre titanes y dioses por el

control del Olimpo. Lo bautizaron como *Phlegràios*, que literalmente significa ‘campos ardientes’. Así, aquel entorno humeante y maloliente en el que de vez en cuando se producía una explosión que hundía el terreno se convirtió en el escenario perfecto donde situar las más variadas historias épicas: Homero haría pasar a Ulises por esta costa bajo la lluvia de rocas volcánicas lanzadas por los lestrigones y Eurípides domiciliaría a los cíclopes en los Campos Flégreos. Virgilio, por su parte, ubicaría aquí la cueva de la Sibila y la mismísima entrada al infierno. Y aunque todo ello sea producto primero de la imaginación de los autores clásicos y segundo de las interpretaciones de los expertos, lo que no deja de ser cierto es que todas las historias míticas que son la base de la cultura occidental se situaron en un pedacito muy pequeño del mapa. En los escasos 15 kilómetros que ocupan los Campos Flégreos, entre otros lugares mediterráneos no muy lejanos, están los orígenes de nuestras creencias, nuestras costumbres y nuestra literatura. Por ese motivo he decidido comenzar este viaje precisamente aquí, en este territorio extraño donde del suelo emergen espirales de humo que huele a azufre y donde los espíritus de los héroes clásicos siguen planeando sobre los mortales del siglo XXI. El lugar donde todo empezó (y donde todo acabará si un día este supervolcán entra en erupción) es el punto donde comienzan mis andanzas por el golfo de Nápoles.

Así que después de instalarme en un pequeño hotel familiar en la localidad de Pozzuoli me dirijo a esta emblemática masa de agua que, a pesar de tener un título tan grandioso, apenas tiene unos tres kilómetros de perímetro. El lago Averno, menudo nombre. Pero no se lo pusieron sin razón. El caso es que la laguna es, como tantas cosas en los Campos Flégreos, un cráter inundado, cosa que no debería tener más consecuencias. Sin embargo, lo particular del lugar es que de vez en cuando sus aguas cambian de color y eventualmente se tornan

mortales. Su estado natural —como lo encuentro yo hoy, en una soleada mañana de invierno— no sorprende a nadie. Es agua normal y corriente, de tonos más o menos azulados según lo claro que esté el cielo ese día. Pero, en algunas ocasiones (y aquí viene el terror atávico), dependiendo del ciclo vital de los organismos que lo habitan, el *Planktothrix rubescens*, sus aguas se tiñen de un intenso color escarlata. Toda una plaga de Egipto a ojos de cualquiera. Pero aún hay algo mucho peor: la tradición grecorromana aseguraba que en ocasiones se liberaba en las profundidades del lago un fuego diabólico que mataba a todos los peces y que también fulminaba a las aves que hubieran escogido un mal día para sobrevolar la laguna. De hecho, la misma palabra *averno* deriva del griego *àornos*, que significa ‘sin pájaros’.

El evento mortífero se repetiría en varias ocasiones a lo largo de la historia y, por ejemplo, el humanista Giovanni Boccaccio, que en la década de 1330 formó parte de la corte napolitana, aseguró en una misiva haber visto la superficie del lago Averno cubierta de peces muertos. El fenómeno se produjo de nuevo en época moderna, concretamente en 2005, cuando se concluyó que la causa había sido una erupción lím-nica, que, para entendernos, es una expulsión súbita de dióxido de carbono desde las profundidades lacustres que provoca la asfixia de la fauna.

Hoy tenemos una explicación científica a estas mutabilidades de color y repentinas matanzas piscícolas que le quita épica al asunto, pero en el pasado estos fenómenos se consideraron claramente demoníacos. Para los griegos el lago Averno era una de las puertas de entrada al inframundo de Hades —creencia seguramente heredada de sus predecesores en la zona durante la Edad del Hierro— y más tarde los romanos perpetuaron ese dogma inmortalizado por Publio Virgilio en la *Eneida*:

Así, al fin, vencedor, dejando la Sicilia llegarás a los confines ítalos. Cuando hayas arribado allí, al entrar en la ciudad de Cumas y en los divinos lagos y en las resonantes selvas del Averno, verás una inspirada profetisa que anuncia los hados futuros bajo una hueca peña [...].

El mismísimo Ulises de Homero también había entrado en el reino de los muertos desde aquí para encontrarse con Tiresias, y más tarde también Galio Julio Higino, en su *Fabulae*, hizo que el héroe Odiseo accediera al inframundo en este mismo lugar. Y, aunque cabe decir que hay muchos sitios en el planeta en los que se han situado accesos al infierno —entre otros el volcán Hekla, que fue la entrada al averno durante el Medioevo islandés, o el cráter del Masaya, en Nicaragua, donde en el siglo xvi se erigió una cruz para impedir que los demonios salieran del agujero—, ninguno ha desatado tanta fascinación y literatura como los Campos Flégreos.

Recorro a pie el camino que bordea ese Averno en el que un día habitaron Hades y las almas de los difuntos mirando de reojo por si de repente flota algún pez. Pero todo a mi alrededor está tranquilo; el paisaje es bucólico, con viñedos y campos de cítricos bañados por el sol y hembras de ánade que nadan con una fila india de patitos tras de sí. Aquellas «resonantes selvas del Averno» a las que se refirió el poeta Virgilio (atención a este personaje, porque aparecerá unas cuantas veces en este periplo) ya no son selvas en absoluto. Ya en tiempos antiguos los romanos, que entre otras cosas eran gente muy pragmática, decidieron aparcas por un momento los mitos infernales para talar todos los árboles del entorno lacustre y construir un canal navegable que uniera esta masa de agua con el vecino lago Lucrino y a su vez abrir este hacia el mar. Nació el muy estratégico Portus Iulius, una imponente fortaleza naval construida en época de Augusto que permitía refu-

giar las naves en las lagunas para su protección y reparación. Y así fue como los míticos reinos de Hades, habitados por la raptada Perséfone, su can Cerbero y su barquero Caronte quedaron reducidos a una simple zona de astilleros.

En mi pasear alrededor del lago no encuentro vestigio alguno de lo que fuera Portus Iulius, y al pasar frente a un viñedo pregunto a uno de los trabajadores que están enfrascados en reparar las espalderas:

—*Buongiorno*. Disculpe, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Buenos días. Sí, por supuesto —me contesta un hombre de mediana edad que viste camisa de franela y sombrero de paja. Cruza los brazos, sonríe y espera mi pregunta con curiosidad.

—¿Sabe si queda algún resto del antiguo puerto romano por aquí?

Mi italiano está muy oxidado, pero el señor me entiende a la primera.

—El puerto se hundió en el mar poco después de que lo construyeran y hoy solo se puede visitar haciendo submarinismo —me dice señalando hacia la costa del golfo de Pozzuoli—. Hoy pertenece al Parque Arqueológico Sumergido de Baia.

—Sí, conozco el parque, pero no sabía que Portus Iulius formaba parte de él. Muchas gracias, muy amable.

Me dispongo a dar media vuelta, pero el viticultor parece que tiene ganas de charla, porque añade:

—¿Has visto esas paredes de ahí? —dice señalando unas ruinas que sobresalen entre el cañizal—. Eso también es de la época romana, es un antiguo templo de Apolo. Y esa colina es Montenuovo, es la montaña más joven de Europa, ¿sabes?, porque es producto de una erupción volcánica que sucedió en el siglo xvi. Antes no había ninguna montaña aquí. De hecho, todo esto que ves y el mismo lago es el cráter de un volcán que se inundó. Los antiguos creían que era la puerta al infierno y,

bueno, en verano el calor aquí sí que es un poco infernal... Hay mucha humedad, ¿sabes?

El hombre habla a toda velocidad, como si tuviera prisa por contarme todos los conocimientos que tiene sobre el territorio. Aprovecho el tirón y le pregunto:

—Oiga, y estas uvas que recogen aquí, ¿de qué variedad son?

El hombre hace una pausa, sonríe ampliamente y arranca de nuevo con su labia sin que a mí me dé tiempo de añadir nada a la conversación.

—Pues nosotros tenemos dos uvas, ¿sabes? La *falanghina* de los Campos Flégreos, que da un vino blanco, y la *per'e palummo* ('pie de paloma', en napolitano) que se conoce más como *piedirosso*, que produce vino tinto. Si te interesa la historia romana, te gustará saber que estas variedades son originales.

—¿Originales?

—Sí, porque cuando el parásito de la filoxera atacó los viñedos de toda Europa estos de aquí se salvaron. Eso quiere decir que son variedades antiguas que ya se plantaron en esta zona hace dos mil años. ¿Sabes qué pasa? Que esto es un volcán, todos los Campos Flégreos lo son, y si te fijas, estas laderas son las mismas paredes del cráter. Este suelo es muy fértil; eso ya lo sabían en la Antigüedad. Tenemos uvas originales que ya cultivaban los griegos y por eso pensamos que sus vinos no tenían que ser muy diferentes de los nuestros, claro.

Sus compañeros de trabajo nos miran de reojo.

—Pues habrá que probarlos...

—Mira, nosotros hacemos unos vinos muy buenos, para serte sincero. Trabajamos de manera orgánica, sin ningún fertilizante ni pesticida, y pertenecemos a la denominación de origen controlada Campi Flegrei. La familia propietaria lleva doscientos años dedicándose a la vitivinicultura; son los Mirabella, son muy conocidos por aquí...

—¿Y cómo se llama la bodega?

—Cantine dell'Averno.

Me parece un nombre casi tan apropiado como el del restaurante Caronte, a pie de orilla, por el que he pasado hace un rato. Me despido del simpático viticultor —creo que, si fuera por él, seguiríamos hablando un par de horitas más— y me dispongo a buscar el segundo punto infernal en esta región según los escritos de Virgilio: la cueva de la Sibila de Cumas.

Al alcanzar la carretera desde la base del lago miro atrás para contemplar la masa de agua en su totalidad y la escena que ven mis ojos es muy pero que muy parecida a las escenas que William Turner pintó de este lugar en su cuadro *Lago Averno: Eneas y la Sibila de Cumas*, del que hizo dos versiones, una en 1798 y otra casi idéntica en 1815. De hecho, creo que el punto de vista de las obras del paisajista inglés es prácticamente el mismo en el que me encuentro ahora. Saco el móvil, busco la imagen en internet y, en efecto, en el lienzo, igual que en la realidad, se ve la laguna, el mar y los perfiles del Castillo Aragonés de Baia y del cabo Miseno en la distancia. Turner incluso añadió, a modo de marco en el lateral izquierdo de la composición, un pedacito de ese templo de Apolo que acabo de descubrir gracias al viticultor. En el primer plano de la pintura se ve a dos de los protagonistas de la *Eneida* de Virgilio: por un lado, el héroe Eneas, que ha huido de Troya y cuyo destino será fundar una nueva ciudad, y, por otro, la profetisa Sibila de Cumas, que conducirá al joven hasta los infiernos para que se reúna con su padre.

Las sibilas, personajes míticos cuyo origen se pierde en lo más remoto de los tiempos, eran mujeres sabias con dotes de adivinación, verdaderos oráculos, sacerdotisas de Apolo que solían vivir en cuevas y que eran capaces de predecir el futuro. Sus profecías —o más bien lo que escribieron otros en su nombre— se recogieron en quince volúmenes que se conocen

como *Oráculos sibilinos* y también en los *Libros sibilinos*, que se atribuyeron a la mítica Sibila de Cumas. Las élites políticas romanas consultaban a menudo estos manuscritos en situaciones delicadas, por si alguna de las profecías pudiera aplicarse al momento que estaban viviendo. Los expertos de la época creyeron ver la erupción del Vesubio que devastó Pompeya y Herculano en uno de esos anuncios sibilinos, que aseguraba que una gran catástrofe natural se cerniría sobre la península itálica, lo que acabó de legitimar la voz de estos escritos, que se veneraban al margen de la religión oficial. Hubo diez sibilas célebres en los escritos clásicos —Miguel Ángel inmortalizó a cinco de ellas en la Capilla Sixtina, todas con sus profecías en la mano—, pero sin duda la más popular de todas, la más sabia (y por ello Buonarroti la representó como una anciana), fue la Sibila de Cumas.

Así, ya desde la Antigüedad muchos se preguntaron dónde estaba el escondrijo de la Sibila de Cumas. Entramos otra vez en terreno pantanoso, porque los poemas épicos fueron precisamente eso, historias legendarias surgidas de la imaginación humana, no libros de historia basados en hechos reales. Pero, sea como fuere, cabría pensar que si hablamos de la Sibila de Cumas, su guarida tuvo que estar aquí al lado, en la propia ciudad de Cumas.

Cuando llego al yacimiento arqueológico de Cumas, que fue la colonia griega más antigua de la Magna Grecia, solo hay un coche en el aparcamiento y es, está claro, el de la persona que trabaja en la taquilla. Los Campos Flégreos están incomprensiblemente olvidados por la mayoría de los turistas, quienes por lo general prefieren agolparse todos a una en Capri o en la Costa Amalfitana, lo que por un lado está bien, porque le permite a uno disfrutar de los sitios con intimidad, sin la molestia de estar haciendo cola para cualquier cosa. Sin embargo, por otro lado, relega estos lugares a un cierto abandono por

parte de las autoridades locales, que prefieren invertir el dinero y los recursos en otros espacios y recintos arqueológicos —no hace falta que mencione cuáles— más populares (y masificados) y, por tanto, más rentables. En cualquier caso, no le voy a poner pegas a tener que visitar el yacimiento a solas y por mi cuenta porque hoy no tengan ningún guía disponible.

Por lo que aprecio durante el paseo, de la gloriosa Cumas solo quedan los cimientos. Fue el arqueólogo Amedeo Maiuri quien en 1932 excavó la ciudad en busca de los lugares mencionados por Virgilio en la *Eneida* y, al dar con una extraña galería semitrapezoidal horadada en la roca, afirmó haber encontrado el verdadero Antro della Sibilla. Llevaban siglos especulando sobre su paradero —de hecho, hay otra cueva a orillas del lago Averno que también proclama ser el lugar—, pero aquel curioso espacio monumental subterráneo encajaba a la perfección con lo que en el imaginario popular pudo ser la gruta donde Virgilio situó a la profetisa escribiendo sus ambiguas respuestas. Y les doy la razón, porque cuando entro en la galería me parece que estoy viendo en directo aquello de «Uno de los lados de la roca eubea se abre en forma de inmensa caverna, a la que conducen cien anchas bocas y cien puertas, de las cuales salen con estruendo otras tantas voces, respuestas de la Sibila».

En efecto, la cueva de la Sibila es un espacio que habla. El aire se cuela silbando por sus muchas aberturas, que no son cien pero que, en un extraño juego de claroscuros, parecen extenderse hasta las mismísimas profundidades de la tierra, como en esas atracciones de feria en las que se confrontan dos espejos. Me adentro con cautela en el recinto, mirando atrás cada vez que oigo un sonido, y camino con el corazón en un puño ante tan sobrecogedora visión arquitectónica. Avanzo y avanzo un poco más, dejando atrás las ventanas laterales que dejan pasar la luz y los pasadizos oscuros que conducen a quién

sabe dónde. El largo corredor labrado en toba volcánica termina en una estancia abovedada, la misma que el arqueólogo Maiuri identificó con la Sala del Trono de la Sibila. Oigo ruidos en el otro extremo del corredor y pronuncio en voz alta un «¿Hola?» que me viene devuelto por el eco. Intento tranquilizarme pensando que la vieja sibila nunca estuvo aquí, porque este lugar es en realidad una galería militar excavada por los samnitas allá por el siglo v a. C. Pero aquí dentro, entre la penumbra intermitente, el goteo del agua que se filtra por el techo y los suspiros del aire al pasar entre las rendijas, puedo evocar con claridad, en carne y hueso, aquel rostro arrugado que Miguel Ángel pintó para el papa Julio II. Desde lo más profundo de la cueva de la Sibila me uno a Maiuri y a todos los seguidores de Virgilio que quisieron defender esta escenografía monumental y poética que tan bien envuelve al mito.